

De higos y brevas

Los árboles frutales dan una cosecha anual a excepción de la higuera que proporciona frutos dos veces al año: Brevas en junio e higos en septiembre (las épocas pueden variar algo, dependiendo de cada zona).

Este hecho, tan singular, que ocurre con la higuera, no sucede por casualidad. Es debido a la “voluntad divina”. Aunque, en realidad, la culpa fue de San Pedro.

Cuentan, que a este apóstol le gustaba mucho el vino y, aunque, las más de las veces, lo bebía con moderación; en cierta ocasión, a la sombra de una higuera, “empinó el codo” más de lo debido y se puso muy contento. Tan alegre estaba, que se puso a cantar una canción popular.

Jesús, que estaba cerca, le oyó y se acercó a él.

- Te veo muy alegre, Pedro ¿por qué estás tan contento?

San Pedro, quedó muy cortado al ver que Jesús le había pillado en aquel estado de euforia; no sabía cómo salir del paso, y respondió así:

- Señor, es que he tomado unos frutos excelentes...me han sentado muy bien y por eso estoy tan alegre.

Higuera con higos.



- ¿Qué frutos son esos que te ponen tan contento?

El apóstol consideró que si respondía que era vino lo que había bebido, a Jesucristo, quizá esto no le gustase y suprimiría la vid. Por ello, pensó en un fruto que a él, particularmente, le gustaba poco y por ello contestó:

- Son los higos quienes que me ponen tan contento, Maestro.

Al oír esto, Jesús dijo:

- ¡Bendito sea ese fruto que te pone tan alegre! De ahora en adelante, la higuera dará

fruto dos veces al año.

Cuando vio lo que había pasado, San Pedro se tiró de los pelos. Con lo bueno que estaba el vino, si no hubiera mentido, sería la vid quien hubiese dado dos cosechas y no la higuera. Se tiró con tanta rabia de ellos, que se los arrancó -cuentan que por eso era calvo-.

Nota. En realidad existen diversas variedades de este árbol y las higueras comunes, sólo dan una cosecha al año, como el resto de los árboles frutales. Es una determinada variedad, la breval, quien da frutos en dos épocas del año: brevas, en junio-julio, e higos en septiembre-octubre. Nuestros mayores decían: “Las brevas por San Juan y los higos por San Miguel”. Esto ocurre porque aquellos higos que no llegan a madurar en otoño, quedan como aletargados en las ramas del árbol - en Stand by – durante el invierno, madurando en la siguiente primavera, en forma de

brevas.

Evidentemente, fue una higuera breval la que daba sombra a San Pedro aquel día.

La mujer testaruda

Había una vez un matrimonio y ambos cónyuges nunca se ponían de acuerdo en nada. Si uno decía guapo, el otro decía feo. Si uno negro, el otro blanco. Si uno decía día, el otro noche... Además, tanto el hombre, como la mujer, eran muy tercos. Cuando a uno de los dos se le metía una cosa en la cabeza, la defendía con gran obstinación llegando hasta las últimas consecuencias; por ello, cada "dos por tres" estaban discutiendo.

Un día, llegó el marido a casa y preguntó a la mujer.

- ¿Qué hay hoy para comer?

- Tenemos huevos fritos, respondió ésta. El problema es sólo hay tres.

- Eso no es un problema, respondió el marido. Tú comes uno y yo como dos. Para eso he estado toda la mañana trabajando en el campo

- ¡Ni pensarlo!, contestó enfadada la mujer. Los he frito yo, así que yo me como dos y tú uno.

- Pues digo yo que no.

- Pues yo digo que sí.

Después de estar porfiando un buen rato, dijo la esposa.

- Si no me como yo los dos huevos, me muero.

- Pues te mueres, respondió inflexible el hombre.

La mujer se hizo la muerta y el marido que no cedía, se mantuvo en "sus trece" y encargó un ataúd.

- Mira maja, que te enterramos.

- Pues me enterráis si hace falta... pero yo me como los dos huevos.

A la hora del entierro, la comitiva llegó al cementerio y el marido veía que la mujer no cedía; así que, al depositar la caja al lado de la fosa, se acercó a la misma.

- Ya estamos en el cementerio y te vamos a enterrar... te lo aviso.

- Pues me enterráis.

El hombre, viendo que la mujer estaba dispuesta a dejarse enterrar con tal de salirse con la suya, decidió ceder.

- Venga, vale. Te comes los dos.

- ¡Pues mira, ya no quiero dos! ¡Los voy a comer todos! dijo la esposa, saltando del ataúd con mucho ímpetu.

La gente, que no sabía nada del tema, pensó que la mujer estaba muerta, había resucitado con mucha hambre y quería comérselos a ellos; así que echaron todos a correr, como almas que lleva el diablo. Como suele ocurrir en todos estos casos, también había un cojo y, al ver que todo el mundo corría, gritó aterrado:

- ¡No corráis, que es peor!